

Prólogo del Editor.

La Historia, cual relicario santo, guarda en su seno las acciones buenas y las acciones malas de los hombres: las primeras para que las imitemos y las segundas para que evitemos su repetición. Sus lecciones son la enseñanza del bien para impedir el mal; son odio al crimen y amor á la virtud. Por eso maldecimos á Nerón, mientras se lleva nuestras bendiciones el modesto Cincinato.

Al reproducir esta CORONA FUNEBRE en memoria de los Mártires de Veracruz, no nos guía el odio á Porfirio Díaz ni á su cómplice Mier y Terán: nos impulsa el amor á la Justicia, el culto por la Verdad y el Bien. Deseamos que el pueblo mexicano conozca á sus hombres tal como son y no como la adulación los pinta; que una vez conocidos por sus hechos, si él los juzga héroes, los venerare como á tales; pero si sólo son ambiciosos vulgares, que por conservar el poder cometen los más odiosos crímenes, entonces que los trate como se trata á todos los criminales.

Las víctimas sacrificadas en Veracruz, la noche del 24 al 25 de Junio de 1879, no habían cometido ningún delito. Algunos de los sacrificados pensaban rebelarse contra el gobierno inmoral y corrompido del Sr. General Díaz,—gobierno emanado de la revuelta y sostenido por el oro y la violencia,—otros ni siquiera pensaron rebelarse; fueron tan inocentes como los Mártires de Tacubaya que asesinó el mil veces maldito Leonardo Márquez, el 11 de Abril de 1859.

Pero..... á que decir más? Leed, hijos del pueblo, leed esta CORONA FUNEBRE, y, si al leerla, vuestros ojos se enturbian por las lágrimas..... secadlos; no lloréis, sino recordad que sois hombres, que sois ciudadanos; que el asesino está en pié y que, sin derramar la sangre de vuestros hermanos, lo podéis castigar, quitándole el poder que no merece, abatiendo su orgullo que en nada está fundado.

Vosotros sois la fuerza; los cañones del Dictador jamás podrán resistir á vuestro empuje. Mañana, 26 de Junio, año del Centenario de nuestra Independencia, las urnas electorales reclaman vuestra presencia. Allí está la caída del hombre funesto que os ultraja; allí está vuestra fuerza, allí sois invencibles. ¡Votad! votad contra el asesino de las víctimas de Veracruz. Y si quiere intimidaros con los cañones, contestad como contestaron vuestros antepasados en Granaditas y en Ayutla.

Vuestro afectísimo amigo y servidor.

Paulino Martínez.

EL HOMBRE.—EL CRIMEN

Awake, Awake!

Ring the alarm bell:

murder and treason!

MACBETH—Act. 2o. 1o

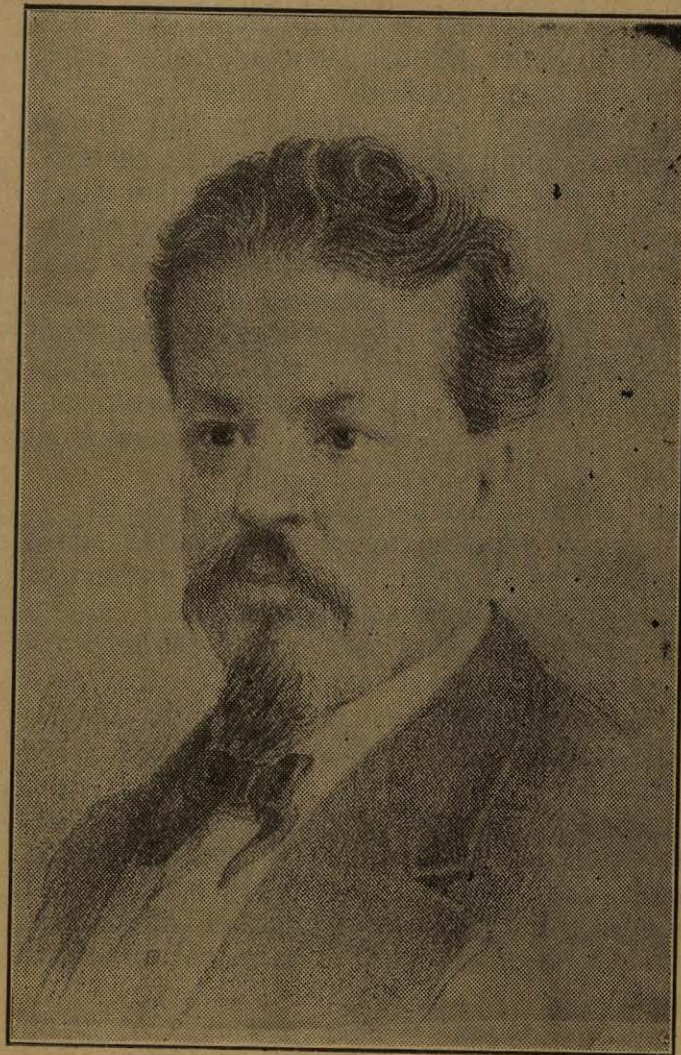
XI

BALANCEANDO el cuerpo, colgantes los brazos é inclinada la cabeza, así anda Luis Mier y Terán: su estatura es elevada, pero más carnosa que musculosa, la cara es llena, enérgica, viril: la mirada es bondadosa, franca, recta. Es una de esas fisonomías que carecen de juego escénico: nada oculta ni disimula. Se ven cruzar sus pensamientos al través de su frente, como al través de ciertas aguas se ve la ondulación de los peces. Por desgracia, las ideas no deben ser muy abundantes en ese cerebro: las paredes del craneo, que por lo común se estrechan al descender al cerebro, en el Sr. Luis Mier y Terán se oprimen de tal suerte, que obstruyen la dilatación y expansión de la materia gris. ¿Es una naturaleza rudimentaria, ó bien la evolución de las especies ha producido en ella un efecto descendente? Entre los actos de ese hombre—si tal nombre puede dársele—y su organismo, existe entera paridad: una vez en la barra de Tampico, que está infestada de tiburones, hizo zozobrar un bote en que iban dos de sus amigos, adrede, pa-

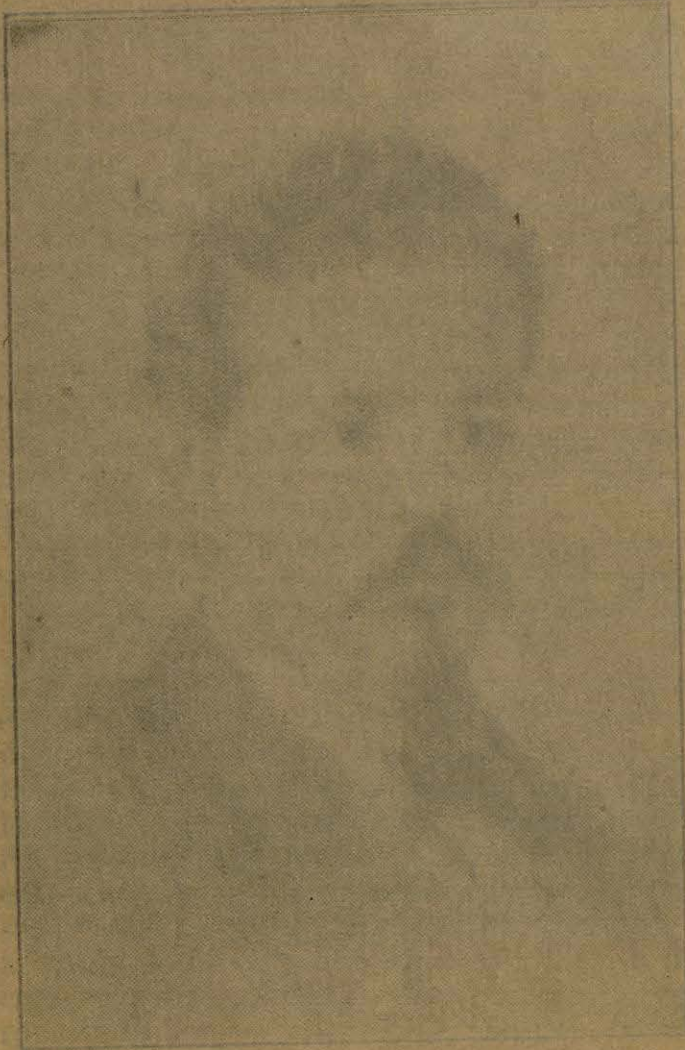
ra tener el gusto de salvarles después la vida. En otra ocasión, de viaje para Nueva Orleans, obligó al capitán del buque, revolver en mano, á que detuviera la máquina para tener el gusto de pescar. Podrían referirse por ese tenor, una infinidad de locuras semejantes, que confirman la perturbación de esa incompleta inteligencia. Mas para qué? si otras no hubiere, sería bastante con la diabólica y monstruosa del 25 DE JUNIO para meterlo en la *camisa de fuerza* de la historia. ¡Pobre loco! el verdadero asesino, el Caín maldito, se llama Porfirio Díaz. Descuida; no bajarás solo á la tumba con tu manto ensangrentado, sino que arrastrarás contigo á Porfirio Díaz, á él, único y odioso culpable!.....

Luis Mier y Terán no tiene derecho al nombre que lleva: se llama Luis Domínguez. Mozo de estribo de un Sr. Mier y Terán, en Orizaba, allá por 1854, muerto ó desaparecido éste, su mozo Domínguez reapareció en Veracruz en 1860 con el nombre que hoy lleva. Trabajó como botero, cargador en los muelles y por último, capataz de trabajadores: por su energía los *patrones* lo querían; por su valor y bondad, sus compañeros le estimaban y temían. Cuando la intervención francesa se alistó como guerrillero é hizo sus proezas; restaurada la República en 67, tornó al puerto de Veracruz, reasumió sus labores de capataz, y llegó á ser el hombre más populachero del Golfo. Porfirio Díaz, que tiene como la serpiente, el don de fascinar á ciertos imbeciles, arrastró á Terán del lado de Tuxte-

EL VERDUGO



General Luis Mier y Terán



pec. La fidelidad, que en los organismos inferiores es terriblemente sumisa, en el organismo de Terán degeneró en bestial: ya no era sumisión de hombre á hombre, sino de perro á amo. Sentíase dichoso el desdichado idiota en lamer aquella mano empapada en sangre: luego, dado el estado patológico de Terán, encontrábase en aptitud de cometer cualquiera locura. Lo que en ese espíritu embrionario hubiera de generoso y humano, se ofuscaría desde el momento en que se tratara de obedecer. Ofuscado la noche del 24, sólo quedó funcionando la ferocidad instintiva de la hiena.....

Si desolado y triste es durante el día, por la noche Veracruz es lóbrego; uno que otro farolillo alimentado con aceite, ilumina á trechos, débilmente, paredes amarillas comidas por la acción salitrosa del aire, conservando algunas de ellas todavía los agujeros que hicieron las balas del General Scott. La mar allí, á dos pasos, se incha y truena: dentro del mar, y á algunos centenares de metros, la masa informe del llamado Castillo de San Juan de Ulua, levántase en las tinieblas apenas disipadas por la luz intermitente de su faro. Nada mas lúgubre y sombrío que ese paisaje: el mar semeja un sudario: la tierra parece un cementerio. En esa noche de Junio no hay brisas ni estrellas: el cielo está cubierto de nubes, el suelo con densos vapores. El escenario es trágico, como la escena que en él se representa entre la noche del 24 que termina y la

madrugada del 25 que comienza.....

Por una escueta callejuela desemboca un pelotón de soldados: sus bayonetas despiden reflejos acerados. En el centro se destaca una forma blanca: es la de un hombre descalzo y en paños menores!—porque es un preso el que llevan los soldados—interroga ansiosamente, ya á éstos que no le responden, ya al oficial que le contesta con evasivas.

—¡Por Dios santo! á donde me llevan capitán? gimió casi el miserable.

—Al cuartel del 23^o Doctor, respondió el militar hondamente conmovido.

—Pero me permitirán, llegando, mandar por mi ropa y por mi catre?

El capitán volvió la cara si contestarle, diciendo muy quedo al sargento:

—¡Piensa dormir el desgraciado! sí, el sueño eterno!.....

Al aproximarse al cuartel se oyó una descarga de fusilería: el Dr. Albert Hernández—porque él era—comenzó á temblar, y poseído del terror de la muerte, gritaba:

—Oh! me van á matar! á matar! á matar!!!

La puerta del cuartel estaba abierta de par en par: los soldados estaban sobre las armas y muchos de ellos con los ojos encendidos por la embriaguez. Se les había dado una ración de aguardiente para convertirlos en verdugos. Cuando la escolta que conducía al Dr. Albert hubo penetrado, otro pelotón se acercaba en direc-

ción opuesta, con el bravo marino Jaime Rodríguez, también en ropa de cama.

Adentro, el cuadro no podía ser más pavoroso: formábanlo un patio de muros elevados, enlozado y estrecho: á la izquierda y en el fondo, montones de estiércol en activa descomposición. Una compañía de soldados, formada en ángulo recto, carga y descarga las armas, por secciones, á la voz de un comandante: en el centro yacen tres cadáveres revolcándose todavía en la caliente sangre: son los de Cucto, Ituarte y Gutiérrez. No hay más luz que la reflejada por cuatro linternas: Terán lleva la una en la mano izquierda, teniendo en la derecha la humeante pistola, que acaba de descargar en el oído de Ituarte. La claridad de las linternas riela en los charcos de sangre, dejando envueltos en la penumbra, á los actores de aquella tremenda hecatombe. Albert Hernández aparece á ese tiempo: al verle, Terán, con delirio salvaje, lanzóse hacía él y cogiéndolo por el hombro lo empuja brutalmente.

—¡Ah! es Ud. Doctorcito?

Y dirigiéndose á los soldados, vociferó.

—Ahora á este, cristianos. Carguen!

El malhadado joven se asió de las rodillas de Terán implorando misericordia: el vértigo del miedo le hizo prorrumpir en frases inconexas y apóstrofes insensatos. Terán, hombre corpulento, desasióse de aquellos brazos convulsivos que le impedían moverse, haciendo rodar á la víctima sobre las lozas; luego, apartándose rá-

pidamente del sitio de la ejecución, fué á colocarse entre los soldados. Cuando Albert se levantó y se vió rodeado de rifles que le apuntaban, y con tres cadáveres á sus pies, corrió, ya enloquecido, chapoteando con sus pies la caliente sangre de sus amigos y arañando las paredes que, en su terror, pretendía saltar..... Sonó una descarga, y Albert Hernandez cayó de espaldas, rebotando su cabeza en el duro suelo. Levantóse aún sobre las rodillas con los pulmones desgarrados y los intestinos colgando: (las balas eran de gran calibre) otra descarga lo hizo caer desplomado con la cara para tierra. No se levantó más.

—¡Venga otro!

Jaime Rodríguez se adelantó: marino de un valor indomable y de una generosidad proverbial: en Veracruz era muy querido de todos y aun del mismo Terán. Rodríguez no ofreció el espectáculo enervante del Dr. Albert. Por el contrario, encarándose con el verdugo, díjole con impasible acento:

—Te creía un hombre, pero no eres mas que un cobarde, el más cobarde de los cobardes!

—*Cristiano!* fusilaría a mi madre si *EL* me lo mandara! (1) ¡Estas listo?

—Déjame escribir unas líneas, con lapiz, para mi familia.....

---Ni un minuto más; ¡adentro!

Y Terán quiso arrojarle bruscamente dentro

(1) Se refiere al telegrama de Díaz: "MÁTALOS EN CALIENTE"

del cuadro; pero el marino, más fuerte y sereno, dióle una tremenda bofetada, colocándose él mismo en la trayectoria de las balas.

—Fuego! rugió Terán.

Jaime Rodríguez se dobló, y cubriéndose con las dos manos el clareado pecho, por donde se escapaba la sangre á borbotones, pudo lanzar todavía este supremo apóstrofe:

—¡¡¡Miserable asesino! ¡Maldito seas!! (1)

Momentos después nueve cadáveres yacían en el pavimento: la sangre corría hasta empapar los pies de los soldados. La pálida luz del alba entraba tímidamente y en rayos lívidos, en aquel lúgubre recinto, de donde acababa de salir la muerte. Se tenía vergüenza de que el sol iluminara la horrenda carnicería: era preciso enterrar los cadáveres y lavar la sangre antes del toque de diana. Del machero se sacaron dos mulas todavía medrosas por el ruido de las descargas, unciéndolas al carro de la basura: y el carro se empezó á llenar de cadáveres, en fúnebre confusión, destilando sangre y materia cerebral. ¡Pronto á la calle, al cementerio! El día se había echado encima: el mar comenzaba á sacudir su ropaje de niebla, y el vuelo pesado de los zopilotes y el canto lejano de los pescadores, anunciaban la aparición del astro resplandeciente. Las mulas que tiran del carro apenas pueden: pesan tanto los muertos! Los perros vagabun-

(1) Todos estos detalles débolos á la amabilidad del Subteniente *** que presencié la hecatombe

dos que desinfectan á Veracruz han husmeado el degüello: primero es uno, después dos, y al llegar al cementerio es ya una jauría la que va tras el carretón, lamiendo la sangre que escurre y devorando los sesos que á trechos se escapan y caen, disputándose los á mordiscos.....Los perros..... he allí el cortejo fúnebre que llevó al cementerio á los últimos Lerdistas.....

(1) ¡Dios mio! cuán ricos nos hacen los muertos!

(Tomado de las memorias inéditas de
Dn. Sebastián Lerdo de Tejada.)

LA NOCHE DEL CRIMEN

La muerte no es la nada
Sino para la chispa transitoria,
Cuya luz ignorada
Pasa, sin alcanzar una mirada
De la pupila angusta de la historia.

MANUEL ACUÑA.

El 24 de Junio último se encontraba interrumpido el telégrafo de la costa de Satavento, sin que el Gobernador de Veracruz, D. Luis Mier y Terán, supiese la causa de la interrupción. A las 5 de la tarde de ese día se recibió en el gobierno, por extraordinario, la noticia de que el vapor de guerra nacional "Libertad" se había pronunciado en Tlacotalpam, saliendo en seguida para Alvarado, cuya población había secundado el movimiento.

Al saber estas noticias, se apoderó de Terán un pánico espantoso, librando inmediatamente órdenes de prisión contra multitud de ciudadanos pacíficos y alejados de la política, pero á quienes se acusaba, en las regiones oficiales, de no tener simpatías por el actual orden de cosas, y de no prestar su apoyo moral á la administración.

El delito era una calumnia, la calumnia era una sospecha, y ni aún esa sospecha podía formularse de una manera clara y precisa.

El fuero interno, el sagrado tabernáculo de la opinión privada, sin manifestación hostil, sin carácter alguno de oposición ó fuerza: he aquí la

cabeza del proceso, he aquí el auto motivado para arrancar de sus hogares á nueve ciudadanos honrados, fusilarlos sin formación de causa y dejar viudas á ocho esposas y huérfanos á treinta y nueve niños.....

Pero no precipitemos la relación de los sucesos.

A las dos de la mañana del día 25 de Junio, fué Terán, acompañado del Comandante militar de la plaza de Veracruz, al cuartel del batallón núm. 25, y pidió cuatro soldados y un cabo, previniendo al Capitán Antonio Loredo, al Teniente Roselló y al Sub-Teniente Ruvalcaba, que aunque oyesen unos tiros no se alarmasen. En seguida despertó al Teniente Caro y García, ordenando á todos ellos que lo siguieran.

Después mandó que Don Vicente Capmany, Capitán de un bergatín-goleta, fuese sacado de su buque y traído á tierra entre las filas de una escolta. Capmany estaba á bordo, tendido en una hamaca sobre cubierta, tranquilo, tranquilo como su conciencia, sin mancha y sin reproche.

—Dése Ud. preso, le dijo el jefe de la escolta.

—¿Se me permite al menos vestirme? preguntó Capmany.

—Sí, pero en mi presencia, le contestó el oficial..... y media hora después llegaba Capmany al cuartel del 23.

Allí lo esperaba Terán.

—Ud. conspira contra Porfirio, le dijo con acento tembloroso, como si le agitara una pasión

que en vano pretendiera sofocar.

—Yo no conspiro, cuando soy responsable de intereses ajenos, le contestó friamente Capmany; pero no crea Ud. que por eso dejo de tener á todos Uds. en la triste opinión que siempre me han merecido.

Terán no pudo contenerse.

El miedo, ese consejero terrible é implacable, se había apoderado de aquella naturaleza, cuyo vigor se había evaporado en motines militares y en cobardes y alevosas intentonas contra el orden constitucional.

—Voy á fusilarlo á vd., gritó lleno de ira Terán, y sus ojos se inyectaron con ese fluido rojo que, según el poeta latino, despiden los ojos del verdugo.

—Eres un asesino y un cobarde; pero ya que los mexicanos están á merced de la canalla, estoy dispuesto á morir; miserable, aprende á morir como mueren los hombres.....

Una descarga sofocó las últimas palabras del benemérito é ilustre, del valiente y honrado Capmany.....

Los soldados no habían podido herir con tino, en medio de la semi-oscuridad que reinaba en el cuartel.

Terán levantó una linterna, y él mismo alumbró á su víctima.....

Capmany había muerto, maldiciendo á los enemigos de la Constitución, pero con la sonrisa en los labios.

Terán había mandado aprehender á todos los

individuos á quienes sospechaba como desafectos al actual orden de cosas.

En presencia del cadáver de Capmany, sintió el vértigo de la sangre, esa terrible y espantosa locura que los médicos alienistas han calificado como *manía de persecución*.

Creyó que el muerto iba á hablar, y para vencer la preocupacion que lo dominaba, creyó que podía ahogar en sangre, la sangre derramada, y sofocar con nuevas víctimas el reproche de la primera.

Mandó sacar de su casa al Dr. Ramón Albert Hernández, á Antonio Ituarte, ayudante del general Carlos Fuero, y dependiente, después del triunfo de Tuxtepec, de una acreditada casa de comercio; así como á Francisco Cueto, socio de una de las principales agencias mercantiles de Veracruz. Los llevaron al cuartel del 23, los colocaron en línea, Ituarte en el centro, Albert á la derecha y Cueto á la izquierda. Fueron fusilados los tres en el mismo instante.

Diez minutos después sacaron amarrados á Jaime Rodríguez, antiguo práctico del puerto, y á los dos comerciantes Lorenzo Portilla y Luis Alva; los colocaron también en línea, en el centro Portilla, Jaime Rodríguez á la derecha y Luis Alva á la izquierda. Los tres fueron fusilados en el acto.

En seguida toco su turno á los oficiales Ruvalcaba y Caro y García.

Avisó á Loredó y Roselló que ellos también iban á ser pasados por las armas.

Los cuatro jóvenes oficiales intentaron protestar contra semejante crimen, pero todo fué inútil. Terán necesitaba matar. El mayor del cuerpo, Juvencio Robles, suplicó á Terán que no cometiese tal atentado, y que le juraba que aquellos jóvenes ningún delito habían cometido. Terán le dijo que de todas maneras había de fusilar á dos de ellos *siquiera*, y que los designara. Dos de aquellos jóvenes pasaron á la derecha y los otros á la izquierda. Terán mandó hacer fuego, y cayó muerto el Sub-Teniente Ruvalcaba. Caro y García corrió hacia un pelotón de soldados y allí hicieron fuego sobre él, matando á dos soldados y un cabo. Caro y Garcia cayó muerto también.

Terán se paseaba á pasos agigantados por la estancia, frenético, ciego, aspirando con cierta voluptuosidad el olor de la sangre.....

Tomemos algunos detalles:

Al ir á fusilar á Capmany, Terán le dijo:

—Voy á fusilar á Ud. de orden del Presidente.

—Se va á cometer un asesinato, contestó Capmany, porque no hay razón para ello, pues mi conciencia no me acusa de ningún delito—Calle Ud.! Fusilen á ese hombre, profirió Terán—Señor: ¿podré escribir unas cartas antes de morir? Tengo intereses ajenos á mi cuidado y necesito arreglarlos; pido solo diez minutos.—Fusílenlo en el acto, rugió Terán sediento de sangre. ¡Pobre esposa! ¡pobres hijos de mi corazón! exclamó el marino, y dos lágrimas se deslizaron por su

tostada mejilla, lágrimas que al punto se secaron. Amarraron los verdugos á Capmany, lo llevaron al patio del cuartel y lo asesinaron..... ¡¡Una víctima, una viuda y seis huérfanos!!

¡¡Todos creían que Terán estaría ya saciado, que no continuarían los asesinatos..... ¡¡Error!! La hiena llamó á Don Antonio Ituarte, joven de 28 á 30 años, bien parecido, fino en sus modales, caballero en todos sus actos—¿Es Ud. D. Antonio Ituarte?—Bien me conoce Ud., respondió la víctima—Ya le he dicho á Ud. que se ausentara de la población, y que á la tercera vez que lo llamara lo fusilaría.—Es cierto.—Pues voy á fusilarlo en el acto.—Está bien.—Fusilen á ese hombre. Los verdugos amarraron á la víctima: marchó Ituarte al suplicio; pero antes se volvió hácia Terán y le dijo: ¡¡ASESINO!!..... Esta palabra debe resonar siempre en los oídos del verdugo.....

Llegó su vez á Cueto.—Es Ud. D. Francisco Cueto?—Lo sabe Ud. también como yo.—Fusílenlo, prorrumpió Terán.—Creo, dijo Cueto, que si soy culpable de algún delito, se me debe juzgar antes. ¿De qué se me acusa?—Está Ud. conspirando.—En ese caso que se me consigne á mi juez, que debe ser el de Distrito.—Aquí no hay más juez que yo ni más ley que lo que mando. Fusílenlo.—Y Cueto marchó al suplicio silencioso y resignado, muriendo como los que le habían precedido. Otra víctima, otra viuda y dos huérfanos más.

La esposa de Cueto estaba embarazada.

Llegó su vez á D. Jaime Rodríguez; la esce-

na fué la misma; Rodríguez dijo á Terán: Me fusila Ud. teniendo la conciencia de que soy inocente, y solo por el placer de matarme. Piense Ud. que hay una Providencia, y que el que á hierro mata, á hierro muere. No tardará Ud. en seguirme. Rodríguez murió como los héroes.

Otra viuda y cuatro huérfanos más.....

Apenas oyó Terán la descarga, se volvió hácia el Dr. Albert, y encarándose con un Dr. Barbachano, le dijo: Ese señor es Albert?—Ese es Albert, contestó el fariseo. Sepan Uds. que Barbachano y Albert se han criado juntos. Pocos segundos después, una descarga de fusilería anunciaba á Terán que estaba cumplida su orden, y quedaba en la miseria otra viuda y en la orfandad seis niños más.

Llegó su vez á D. Luis Alva.—¿Me va Ud. á fusilar también? preguntó á Terán, con quien llevaba amistad.—Y en el acto lo voy á hacer.—¿Pero está Ud. loco? ¿No cree Ud. que ha corrido demasiada sangre? ¿Qué culpa tengo yo? ¿Cuál es mi delito?—Silencio! vociferó Terán. Ud. conspira y es preciso que muera.—Supongo que tendrá Ud. las pruebas de lo que dice.—No necesito más pruebas que mi conciencia.—Entonces no tiene Ud. prueba alguna, por que no tiene conciencia. ---Al oír esto Terán le dió un empujón.---Fusilen á ese hombre.---Ya que voy á morir, suplico que me dejen escribir una carta á mi esposa, con mis últimas disposiciones; tengo todos mis intereses en la calle y necesito poner á mi familia al abrigo de la miseria.---Nada se le concede; es Ud.

un Lerdista y á éstos nada se les otorga.---Acuérdese Ud., señor, que los Lerdistas le han perdonado la vida, cuando lo han aprehendido con las armas en la mano..... ---Póngase una mordaza á ese hombre y fusílenlo.....

En este momento llegó al cuartel el Sr. Juez de Distrito, Lic. Rafael Zayas Enríquez, á quien fueron á despertar algunos vecinos, rogándole que tratara de poner término á semejantes asesinatos.

Según sabemos, el Sr. Zayas impidió que siguiera la matanza, pues parece que Suárez y Galinié debían seguir á los anteriores.....

Amaneció el día 25..... Un rumor sordo circulaba en la población..... Varias señoras acompañadas de parvadas de niñitos andaban por las calles, deteniendo á los transeuntes y preguntándoles por sus deudos.---¿Qué sabe Ud. de Lorenzo? preguntaba la esposa de Portilla, medio loca, á todo el que hallaba á su paso, sin que nadie se atreviera á darle la triste nueva. La esposa de Cueto perdió el juicio, y se teme por su vida; la madre de la víctima se halla en Orizaba, en agonía. ¡Pobre anciana, que á los sesenta años de edad recibe tan terrible herida! Una hija de Jaime Rodríguez ha sufrido convulsiones y se cree que quedará enferma para toda su vida. La población estaba de duelo: Terán no se atrevía á salir del cuartel. La población entera se hallaba en las calles adyacentes del cuartel, y fué preciso traer un destacamento de policía, armado con rifles, para detener á la muchedumbre. Se pre-

sentaron varias personas á pedir los cadáveres de los asesinados. Se nos dice que el Lic. Zayas, en nombre de la masonería, pidió el de Cueto y el de Capmany, ambos hermanos; pero la fiera sanguinaria, no contenta con haberles arrancado la vida, se quería cebar en los muertos, y negó los cadáveres, que fueron enterrados en la fosa común, en un lugar ignorado, conducidos en un carretón, acompañados de la policía.

La infamia cometida en Veracruz no tiene ejemplo en nuestra vida política. Es un delito del orden común, con todas las circunstancias agravantes de alevosía, premeditación y ventaja.

Terán no puede compararse con Márquez si quiera. Es Troppmann, es algo más todavía, por que el célebre bandido francés no contaba con la impunidad, ni tenía por jueces á sus cómplices, ni por tribunal al gobierno de Díaz.

Aquí se trata de encubrir el delito. Se fraguan telegramas, para disimular hipócritamente el atentado cometido. El culpable encuentra protección y abrigo contra el juicio de todo un pueblo que lo condena con irrevocable fallo. La prensa subvencionada, á pesar de su impudor reglamentario, apenas se atreve á barnizar un poco la responsabilidad directa y terrible que recae sobre el gobierno general, prestándose como un receptor vulgar, á servir de testigo falso para apoyar las declaraciones del delincuente.

El pánico y la consternación reinan en Veracruz; la alarma cunde por toda la República, y enfrente del pueblo aterrorizado por los actos

salvajes de los tiranos, el gobierno calla; más aún, el gobierno se presta á infames transacciones con el autor del crimen.

Es horrible lo que está pasando en estos momentos en Veracruz.

Uno de los Estados más distinguidos por su ilustración, ha sido el teatro de un verdadero escándalo de barbarie.

Nueve jóvenes asesinados oficialmente en el fondo de un cuartel, en las altas horas de la noche, sin que se les forme causa, arrancados de su hogar, sin que se les permita dejar una palabra de despedida para sus familias, negar á estas los cadáveres y arrojarlos en una fosa común, ¿qué más, qué más puede soñarse como límite de los más feroces excesos?

Creíamos que la sed de venganza y el vértigo del miedo habían concedido una tregua al verdugo, después de la hecatombe de Palmillas y de los asesinatos de Reza, Quevedo, Chávez, los hermanos Ríos, Rousseau, Vargas, Amador, Barrera, Díaz, Valadés y tantas y tantas víctimas cuya sombra flota unida á la bandera que se tre-mola hoy en el Palacio Nacional.

Veracruz recibe como premio de sus antiguas simpatías y de su adhesión tradicional, el bautismo de sangre.

Esta es la ley histórica de todas las tiranías.

Los huéspedes del gobierno anterior, en la prisión de Santiago, aprehendidos con las armas en la mano, salieron de su cárcel para cambiar la espada que entregaron vencida, por el cuchillo

carnicero que se esgrime en las altas horas de la noche.

De hoy más, Veracruz no es sólo la ciudad heroica; es la Heroica Veracruz de los Mártires.

Los cadalsos de Tacubaya no cortaron la vida del partido liberal; los diez cadáveres de Veracruz no arrastrarán á su fosa la Constitución y la Ley.

Donde cayeron Mateos, Jáuregui y Covarrubias, la patria ha levantado un monumento.

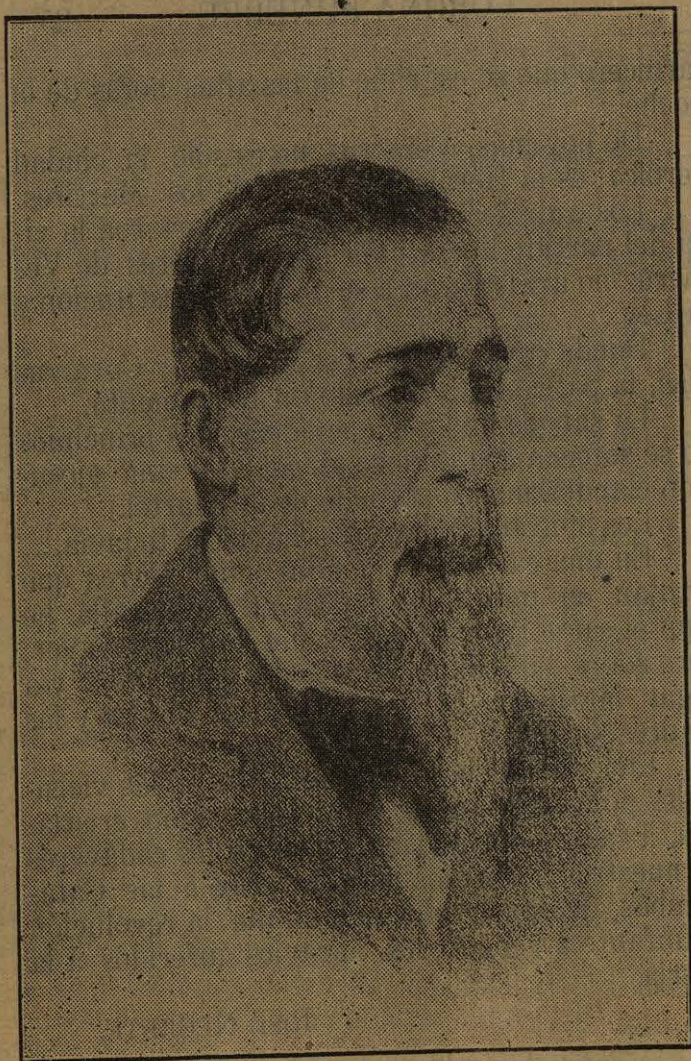
La sangre no ahoga las ideas, los principios no se sofocan con un lazo al cuello y una ejecución clandestina, en el fondo de un cuartel.

Los muertos de Veracruz hablarán todavía....

En una carreta, hacinados como perros que arrojan en una fosa detrás de la muralla: he aquí el carro triunfal de los que murieron ayer; pero sobre su tumba irán á depositar flores y á regar lágrimas los huérfanos, las viudas y las madres sin hijos.....

En cuanto á nosotros, nutridos en las vicisitudes políticas, iremos, como los antiguos cristianos, á sacar del Circo de la Tiranía los cadáveres de nuestros hermanos para llevarlos á las Catacumbas, de donde saldrá algún día la revolución triunfante á vengar los agravios inferidos á la patria.

JOSÉ NEGRETE.



Vicente Capmany

VICENTE CAPMANY

Nació en Campeche.

Desde muy joven se dedicó á la marina de guerra.

La lucha con los elementos levanta el carácter. Hay algo en la naturaleza humana que se ensancha y se extiende: es el horizonto de la vida, alejándose siempre como el horizonte del mar.

Allí, donde la vista confunde las olas y las nubes, es decir, la espuma del agua y la espuma del cielo, la atmósfera parece más pura, el corazón late tranquilo y el alma se siente más noble y generosa.

Capmany era un hombre de bien.

Pertenecía á esa raza de abnegados que comprenden el sacrificio y saben cumplirlo hasta el fin. Tenía un programa: su deber; tenía un juez: su conciencia.

Liberal por principios, patriota por convicción y valeroso por temperamento, prestó eminentes servicios á su país.

En tiempo del imperio, él fué quien organizó la expedición de Tabasco. Asaltó el bergantín goleta *La Industria*, acompañado sólo de unos cuantos amigos; con tres ó cuatro embarcaciones abordó *La Capitana*; en Champotón armó varias canoas; ocupó la laguna y todas las prin-